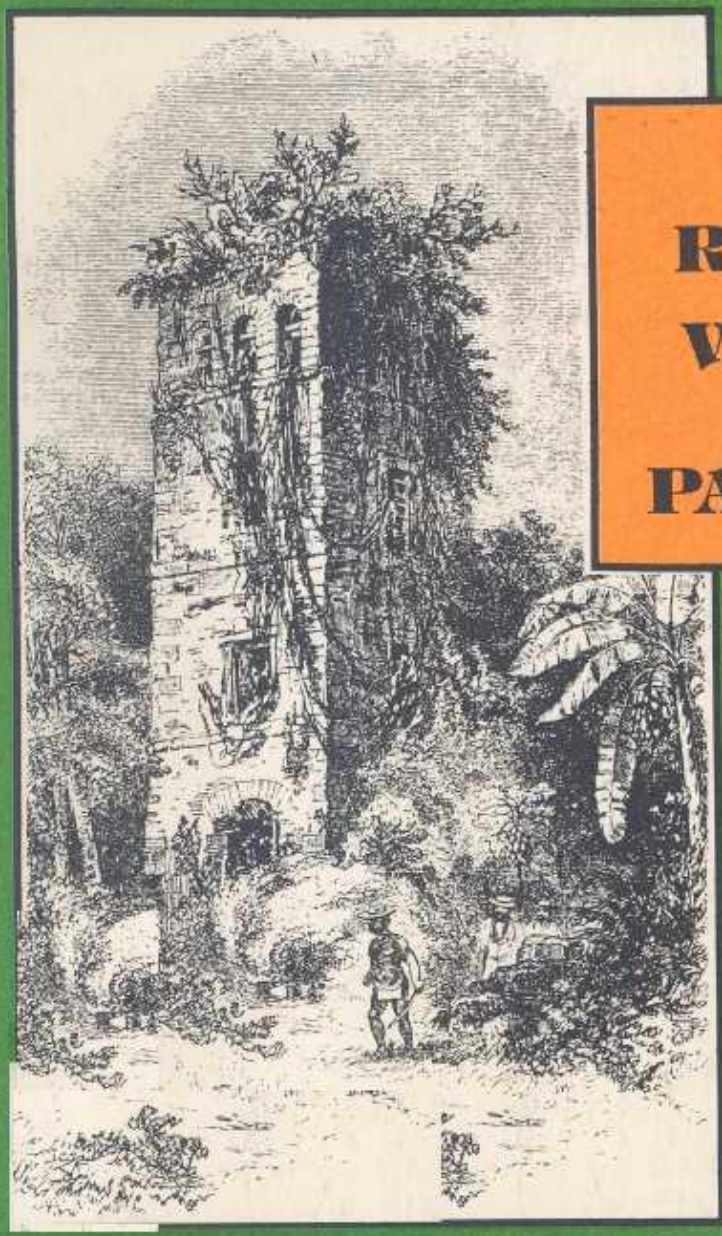

# Rafael Ruiloba

# VIENEN DE PANAMA

COLECCION RICARDO MIRO

PREMIO CUENTO 1990

## CONCURSO LITERARIO RICARDO MIRO 1990 FALLO DE LA SECCION CUENTO

Luego de examinar cuidadosamente las 21 obras participantes, el jurado de la Sección Cuento del Premio Ricardo Miró 1990, concede por unanimidad el galardón respectivo a la obra **Vienen de Panamá,** amparada por el seudónimo Chubé, por considerar que en sus páginas se plasma un talento literario en el que destacan la audacia, el vigor intelectual y la frondosidad de las imágenes, así como la maestría en el manejo del idioma, tanto a nivel arcáico como moderno; elementos que hacen de este libro un aporte valioso a las letras panameñas. El jurado quiere dejar constancia de la alta calidad de otras obras concursantes, entre las que destacan **Un gas y otros cuentos,** por Phil Ares, **El gato de tres pies,** por Kafir y la obra **Odontoglossus Elena** de Pablo Antonio.

**Beatriz Valdés**
**Roberto Luzcando**
**Mario Roberto Morales**
(guatemalteco)

# VIENEN DE PANAMA

INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA
DIRECCION NACIONAL DE EXTENSION CULTURAL

# Rafael Ruiloba

# VIENEN DE PANAMA

VIENEN DE PANAMA
© Rafael Ruiloba, 1991.
© Primera edición, febrero de 1991:
Editorial Mariano Arosemena
del Instituto Nacional de Cultura.

**Tiraje:** 2,000 ejemplares.
Impreso en la Impresora de la Nación.

**Se prohíbe la reproducción parcial
o total de este material.**

**Derechos reservados conforme a la Ley.**

*Con fervor y cariño*
*a las tres mujeres más importantes de mi vida:*

*A mi madre, Margarita Caparroso de Ruiloba.*
*A mi compañera y amiga, Gloria Young,*
*sin cuya pasión y creatividad estos cuentos*
*no hubiesen sido escritos.*
*A mi hija, Alexandra Ruiloba.*

# De cuando la culebra quería matar a toda la gente

—Hace mucho tiempo, mucho antes de que la corrupción y la maldad llegaran del mar, habitaba en este mundo, Isi, la culebra —dijo el Jaibaná a los niños que lo miraron con asombro y respeto.

Ella habitaba junto con la gente que Chubé había puesto aquí a vivir. La culebra no tocaba a los humanos, andaba entre la hierba y los troncos; entre los animales de la casa; entre los días sin nombre y entre las nostalgias y los amaneceres de la indiferencia. Isi, era una presencia inesperada, como un amor perdido. Pero de tanto rodar, a Isi se le perdió el alma y quiso desde entonces, matar a toda la gente para quedarse viviendo sola en el mundo.

Su deseo era tan grande que se estaba volviendo piedra. Su deseo era tan grande que volvía monótonos sus días; tan grande que ocultaba el tiempo. Su deseo era tan grande que le barrió sus cielos nocturnos y le secó el abrevadero de los sueños. Por eso fue donde Chubé y le dijo: —¿Por qué usted no me da un veneno para que con él yo pueda matar a todos los humanos? —Así dijo la culebra a Chubé, que miró silencioso debajo de sus ojos, buscando la oscura lid donde canturrea el viento resentido.

—Si yo le doy ese veneno, usted terminará viviendo sola en el mundo. Creo que eso sería muy malo, pero de todas maneras se lo daré.

El deseo de Isi que se hacía piedra, se regó como una mata de agua y tras decir esto, Chubé le dio un jugo inofensivo.

Entonces, Isi, la culebra regresó y se puso a la orilla del camino a esperar que pasara la gente para morderla. Y así lo hizo repetidas veces, muchas veces repetidas. Hasta que se le gastó la mordida. Pero aún así, la culebra seguía mordiendo a la gente que pasaba a la orilla del camino. Pero la gente se limitaba a mirar su pierna donde ella había mordido, con felicidad. La saludaban porque pensaban que ésta era una forma de saludo y seguían su camino, recordando a Isi, la culebra, que saludaba mordiendo.

Cuando el tiempo fue pasando junto al agua de los ríos y junto al vuelo de las aves que iban al norte y junto a la oscuridad del sol, Isi, la culebra, que se le perdió el amor, se internó en el monte y fue otra vez donde Chubé, a quien le dijo con su deseo aprisionado en un murmullo:

—Yo mordí mucha gente pero nadie murió. Dame algo bueno para matar gente. —Así le dijo la culebra a Chubé, que miró silencioso debajo de sus ojos buscando la dura piedra donde canturrea, el viento resentido de sus deseos.

Y Chubé dijo: —Si yo le doy ese veneno usted terminará viviendo sola en el mundo. Creo que sería muy malo. De todas maneras se lo daré.

Así ocurrió una, dos, tres, cuatro; siete y otras veces, más que murciélagos en la noche. Al final, cuando la culebra llegó a decirle a Chubé que lo que le daba seguía sin matar gente, Chubé ya enojado le dijo, mirando debajo de los ojos el canto resentido de sus deseos:

—Está bien, le daré algo efectivo para matar a la gente. Se lo voy a dar, pero sepa usted que de la gente que usted muerda, la mitad va a morir y la otra mitad seguirá viviendo. Pero en cambio, la gente va a matar a las culebras en mucha mayor cantidad.

La culebra sintió miedo y su deseo se fue haciendo chiquito como un colibrí. Entonces le dijo a Chubé:

—Pero yo sólo a usted le pedí el veneno.

Chubé le respondió: —Y en eso yo le voy a cumplir, pero

recuerde que si usted me pidió veneno, yo soy Chubé y he mirado debajo de sus ojos el canto resentido del viento de sus sueños.

La culebra sintió miedo, un miedo tan grande como el volcán dormido del Valle de la Luna.

Y agregó Chubé, el que mira debajo de los sueños: —Si yo no le doy a usted ese veneno, podría usted pensar que prefiero a los humanos, a la gente que cree que está fuera de mi reino porque no son como el gavilán, ni como la danta. Pero los ruidos de sus sueños son como tú, como el perro, como el caballo y como la danta. Yo soy Chubé y estoy más allá de los sueños de la gente.

Isi, la culebra, sintió miedo y su deseo se fue haciendo chiquito como fruta de guayaba sabanera.

—Y como yo soy Chubé y no soy rama para mover el lodo, ni piedra para tirar al agua, ni pluma para adornar la cabeza, ni adorno para ponerse en el cuello, ni fuego para calentarse, no soy juego de nadie. Menos de animales, sean gente o tengan forma de tigre, de gavilán, de culebra o de sapo.

Isi sintió miedo y Chubé le miró el miedo debajo de sus ojos.

—Cuando yo digo algo, eso tiene que ser respetado. Usted vino muchas veces a este lugar del monte, que sólo encuentra el que busca con sinceridad. Ahora yo le voy a dar el veneno y usted, donde vaya, siempre irá con él.

Entonces Chubé, el que mira debajo de los sueños, le metió dos bolsas de veneno debajo de los dientes gastados de Isi, la culebra, que tenía un miedo tan grande como la tierra que hay debajo de los pies. Entonces Isi, la culebra, que quería vivir sola en el mundo, empezó a salir del monte que sólo se encuentra con sinceridad, pero Chubé, que mira debajo de los sueños añadió:

—En las familias del reino también vive Oangó, el gavilán serpentero, que va a matar muchas culebras y avisará a las familias de animales que usted muerda.

Isi, la culebra, que quería vivir sola en el mundo, sintió mucho

más miedo, que pensó dejar el veneno en el camino, pero Chubé que todo lo mira, miró este pensamiento y le dijo:

—Si usted bota este veneno, la van a matar igual, aunque usted no haga nada. Por eso usted debe pensar bien lo que va a hacer.

Entonces la culebra sintió que su deseo de vivir sola seguía volando en su corazón y pensó que podía matar más hombres, antes que ellos *se dieran cuenta*. Entonces la culebra se fue de aquel lugar del monte donde se llega sólo si se desea de verdad.

La culebra se fue y se puso a la orilla del camino y cuando pasó un hombre, ella lo mordió. Inmediatamente el hombre cayó al suelo muy enfermo y otros hombres lo levantaron, pero no pudieron hacer nada porque la sangre se salió de su cauce.

Tras esto la culebra volvió donde Chubé y le dijo:

— ¡Acabo de matar a un hombre!

Chubé miró debajo de sus sueños y no vio el miedo más grande que el volcán dormido del Valle de la Luna. Chubé le respondió:

—Es cierto, su alma anda por allí sorprendida, pero yo le advertí que por eso van a morir más culebras que personas.

Dicho esto, el Jaibaná cortó la cabeza de una culebra de coral y le sacó el veneno. Lo puso dentro de una vasija de barro donde había más veneno. Metió un enjambre de flechas de la tribu, luego otro y otro.

Entonces dijo: —Con el sol de la mañana, los guerreros irán a visitar a los hombres barbudos que vinieron del mar, que quieren vivir como Isi, solos en la tierra.

# Donde se fabla de las maravillas destas tierras nombradas Panamá

Muy dechado señor, como un caballero de Olmedo, que se dice casa sola, escribo largo a vuestra merced para darle cuenta de mi vida y de las maravillas destas tierras.

Un año hace que le cortaron las barbas a Basco Núñez, Virrey.

Aqueste Pedrarias, holgóse tanto de ver las barbas de su enemigo, porque ver las barbas de enemigo es cosa de maravillas. Pero en este Nuevo Mundo hay más maravillas que las viejas memorias moriscas. Las perlas y las esmeraldas son tantas que perdieron ya su valor y no pueden contarse como maravillas. Del oro, casi el señor obispo lo ama tanto como a nuestro Señor Jesucristo. Algo tendrá dicho oro que a pesar de que hay tanto, siempre será maravilla.

Pero este oro no será tanta maravilla como la del principal de los agaces, que se dice Abacote. Le dio su hija a Domingo De Irala, con la cual se echó carnalmente, porque ansí fue muy notorio, e donde a pocos días de ochenta indios agaces, con su tambor e adelante de la morada de dicho Domingo De Irala, hicieron gran regocijo y dijeron las lenguas que hicieron las fiestas del virgo, que había sacado Domingo de Irala a la hija de Abacote. Nunca vide ni supe de un virgo tan festejado.

En aquestas tierras las frutas son maravillas. Una tarde en el camino me acaeció una maravilla por comer una fruta que llamé Donosa. Y hubiese dado cuanto tenía por hallarme donde me pudieran consejar y confesar mis culpas y comunicar temporal y espiritualmente lo que convenía a la salud de mi ánima. Un

novicio como yo, no podía morirse sin confesar haber dicho que habiendo en la República un herrero y un clérigo, que si se hobiese de desterrar a alguno de ellos, desterraría al sacerdote; que no al herrero, por ser el sacerdote menos provechoso a la República.

Sin confesar que lo digo por el odio que me tenía el padre Bernardino por sus costumbres griegas. Mi ánima no podía estar sin confesar que haber comido carne en días prohibidos; sin confesar haber dicho que ningún religioso que no fuese casado podía dejar de estar amancebados y cometer otros delitos más feos; sin confesar haber dícho que hace más servicios a Dios en hacer más meztizos, que el pecado que con ello se hace. Es escándalo, pero vide la risita del prior.

No puedo estar sin confesar, por cuenta de la Donosa ésa, que tu bien amado sobrino, le ha dado su palabra a las indias y se la han creído; no puedo estar sin confesar por cuenta de la Donosa ésa, que con pólvora, sal, cenizas y carbón maté las sanguijuelas del prior; sin confesar haber pensado con arrogancia que la castidad no es cosa virtuosa como rezar.

Al comerme la Donosa esa, no pude estar sin confesar y pedir auxilio por mi ánima, que tu querido sobrino y Gómez de Tordolla nos metimos en una celda de una monja mercedaria, que no quiero recordar tanta delectación y contento. La monja mercedaria, que no oso decir su nombre, porque hoy viven muchos que la conocieron, era la mujer más fermosa que Margarita De Vergara de nuestra Madrid. Margarita De Vergara, la que encaneció en una noche. Todas mis faltas se me salieron por cuenta de la Donosa ésa. Que tuve que confesar por todo el camino de Veraguas, mis pecadillos a otros novicios moribundos.

Veníamos por los caminos de Veraguas cuando unos que eran los más diestros en comer, comían la Donosa de buena gana, porque en el campo hallábamos muchas de ellas. E yo comencé a hacer compañía en el manjar e comí muchas dellas e supiéronme bien e cuando era hora de parar de comer apeamos los caballos junto a la par de un río e yo apartéme a verter aguas y a orinar con verdadera cantidad de sangre o lo que a mí me parecía y aún no osé verter cuanta podía porque temía acabar la vida de aquella manera. Se me mudó la color por miedo e empecé a confesar los

pecadillos que te conté, pero dejé los otros por si acaso el barquero de a Caronte todavía no hobiese de llegar a mi puerto. Entonces otro compañero me vido en congoja, sin encubrir más la risa replicóme riyéndose: "Señor, volvéos en la color, cuando tornéis a orinar será menos turbia y la segunda vez que compitáis con el río cambiará, porque el río es río". Yo me hallaba tan huérfano como si me hobiese salido del mayor peligro. No quería salir castigado por gula de aquestos parajes del Nuevo Mundo, donde la mano de Dios tiene infinitos rostros.

Ni tampoco quería ser castigado como le pasó a Don Diego de Monjarras en México. Este pecador, tío, pecaba contra natura, lo que es pecar contra Dios. No es como mis pecadillos que favorecen la mejor Gloria de Dios, aunque esto no se debe pregonar en púlpito. Monjarras tenía una hacienda en la Hispaniola pero se pelió con su mujer porque había muchos indiecillos labrados con su cara. Y quiso avecinarse en México, donde había muchas tierras para tener haciendas más grandes y con más indias, ansí que se fue a ver los combates de la entrada de México.

Dijo que los mexicas eran unos cobardes y se subió en una torrecilla lejos de los lanzasos y los flechasos. Nunca se supo tío, cómo ese mismo día lo mataron los indios, sin señal alguna, sin herida, sin llegarle tan cerca. Lo mataron o fue la mano de la justicia de nuestro señor.

Dicen las gentes de la Hispaniola que pasaron por aquestas tierras, que su mujer nunca escupió y dicen que hace maleficios como la abuela.

Ansí declaro y confieso que no quiero venir a hacer arbitrio de bárbaro, pero la Margarita de Vergara de nuestra Madrid, qué hermosura tan cumplida tuvo. Vino a Panamá, según cuenta la monja mercedaria, que no quiero recordar tanta delectacción y contento. Narró una maravilla, en la que se involucra una madre superiora de su orden.

En su juventud, ésta era una mujer muy enamorada y muy ataviada con joyas habidas en aquel sucio oficio. Vino a hacer la América con un rufián al que le hacía parte de su persona. Cuenta La Margarita de la Madrid, según dice la monja mercedaria, que una

tarde cuando la nao tocó tierra en Tenerife, el mancebo perdió una cadenita de oro que ella tenía. Entonces la mujer ataviada, que empieza a hacerle gran escándalo y empieza a hacerle partes delante de todos. El que trae mujeres para ganar con ellas, díjole feas e injuriosas palabras. Quebróse la amistad y la mujer dejó sus partes para otros soldados que la amancebaron sobre los toneles del virrey. La De Vergara se solazaba, dice la mercedaria, e cuando los hombres de mar holgaron la tocineta de la mujer ataviada, el rufián se fue a otra nao y cada uno de ellos en su navío, prosiguieron en viaje.

Con un tiempo en esta navegación, la ataviada cansada y aburrida de holgar con los soldados, le dijo al rufián, cuando las naos estaban veinte pasos de distancia, que si le perdonaba y le acogía se pasaría a la nao donde él iba. El que trae mujeres para ganar con ellas comentóle que sí, pero que era cosa de peligro. La ataviada le decía que sabía nadar y que le diecen un cabo de guindaleza. Cabo de cien brazas y cuatro cordones donde amarróse y armóse una nueva farsa. La marinería vio cómo la ataviada se desatavió y quedóse sin ropa para solaz de la gente que con mucha grita miraba. Entróse debajo de las ondas del mar, el rufián se santiguaba y daba mucha prisa y solicitud a los que tiraban y luego llegóse a la nao donde él la recibió con mucho placer y fiesta. Hoy la mujer de tan cumplida belleza es parte de las mercedarias y el rufián es un hacendado con muchos indios en esta ciudad. Aunque como dice la monja mercedaria, la De Vergara, que encaneció en una noche, no miró bien porque estaba en la nao contraria y sus ojos ya tenían mucha antigüedad.

Sin embargo tío, ésta no es la maravilla más maravilla destas tierras. Ni el virgo que quebró Diego De Irala, ni el oro que tanto ama el superior del convento, ni la monja de claustro, ni las donosas de la muerte se igualan a la maravilla del amor de las salvajes.

El señor Diego de Rivera me regaló una caníbal capturada, que estaba en un batel. Me vinieron deseos de solazarme con ella. Cuando quise poner en ejecución, me atacó en tal forma, que casi logra lo que las donosas no pudieron. Me defendí tío, como en los mejores años mozos, pero tuve que hacer oficio de galanura y le azoté con una soga tan bien, que lanzó gritos inauditos, que no podríais creerlo. Finalmente, nos pusimos en tal forma de acuerdo

que parecía amaestrada en una escuela de rameras, tanto, que nadie la iguala en sus rudos amores.

Estas tierras tienen muchas maravillas y yo quiero hacer las Indias en esta tierra nombrada Panamá. Así tío, que sabiendo que vuestra merced es un dechado de honor, un caballero de Olmedo, bien visto en las cortes del Virrey, bien ponderado en su amor por la familia, le escribo esta misiva a las tierras indómitas de Venezuela. Yo, tu sobrino, Romero Y Promesante, aunque éstas parezcan diligencias diarias de los marineros, estoy arrepentido de mis faltas.

Así tío, que con las prestezas de ser el sobrino de Lope de Aguirre, el piadoso, le propongo una discreta forma de justicia, para que me libere de ir a Roma.

Suyo, con bien y con la esperanza que no deje mi ánima sola al descampado de la corrupción de Roma,

Fernando Lope de Aguirre.

# La anunciación del Cristo Negro

Quiero dar fe propiciatoria sobre un vientre agreste, de que ningún hechizo queda de la ardientísima zarza Franciscana, en este negro que ha sido enterrado varias veces. Dicen las habladurías, que en dicha tumba tras peregrinación postrera, daba vista a ciegos, pies a cojos y voz a mudos. Los tumultos y procesiones de todos los años, hicieron venir al cimarronaje. Esta tierra, confesémoslo, es tierra de huídos y ladrones, pero por el bienaventurado ése, se abrieron a bofetadas de pura fe, ojos que ven y manos que apuñalan; abnegados de corazón que no consiguieron caso en ninguna parte; desamparados que dan sustos, indiada peligrosa y despreciadora de la eternidad que da la fe en nuestro Señor; turbamulta de negros y zambos que insisten en hacer de un negro huído un Cristo; en hacer una procesión anual a Yoruba; un rito desvariado que ha atemorizado los oídos del Santo Padre. Por que es tanto el barrullo y safarrancho, que parecen frailes despertando para los maitines. Si no fuera por las desnudeces de las esclavas y sambas, las fiestas en la umbras de la selva y otros inconvenientes que la prudencia humana sabe dictar, bien serían fiestas cristianas.

Quiero dar fe para que absuelvan a los Franciscanos de sospechas de estar incentivando en los pobladores de estas, tierras herejías de pobreza, que tanto malestar motivaron en la Iglesia.

Cada año desde hace diez, llega a Portobelo una confusión de penitentes, pendones, populacho derramado en fervores, súplicas, ondear de palios, bruscos cabeceos, mares de hombres vestidos con sayas bermejas y de color cielo; mujeres que transparentan sus ancas, sus lujurias y sus desnudeces; hombres que braman como toro en celo; blancos que se maceran a zurriagazo limpio, que se

dejan laña en la piel y desgarrones que entumecen el ánimo, dando fe de la sinceridad del acto, no de bufones sino de una fe con fuerza que ha intimidado a la parroquia, donde llega la marea humana de muchos sitios. Muchos que han detenido o querido detener la procesión han muerto de certero puñal, de piedra dura o de brutales garrotazos, que ya se le deja pasar a menos que se tenga un exercitum de valientes. Pero El Santo Padre, cree que es alguna trampa de sus malquerientes para acusarle ante el concilio de impedir la propagación de la fe. Además, el Santo Padre quiere saber sobre las historias de que la imagen del santo negro es cubierto de innumerables riquezas y llevado en andas por la marea de sádicos y lujuriosos. Pero yo quiero dar fe deste prodigio de las indias, dar fe de que las ardientísimas zarzas Franciscanas no están detrás de este humillo de herejías. Ni Dios nada tiene que ver con esto, que es cosa de fornicación. Espero que se limpiaran estas sombras del rostro de La Santa Madre Iglesia, ahora que se aproxima la pasión y muerte de nuestro señor.

Extrañamente, en estos páramos también empieza la fiesta del santo negro, del Jesucristo de la indiada, del dador de preces y embarazos: del patrón de remeros y pescadores, de huídos y ladrones de siete suelas; del señor de las penas sin nombre y del aguador de las quietudes de su santidad.

Como su santidad ordenóme, me adentré en estos páramos al débil amparo de la fe, vestido con saya bermeja, con calzas de cuero parecidas al pie limpio; con un pequeño fardel de almuerzo y un zurriago para macerarme como penitente. Para no encontrarme algún revés por añadidura, el Prior me recomendó que para la misión debería entrar mudo y salir callado, pero ahora proso aquestas memorias para no ser traicionado por el olvido.

Llegué aquestos lares nombrados Portobello, no por tierra, como la mayoría de los creyentes o de los impíos. Puesto de comercio antes, pero ahora convento de facinerosos desterrados y desamparados de Dios, aunque ésto último quiero averiguar.

Los remeros bogaban con un solo movimiento de remo para no incentivar sospechas de otras embarcaciones que iban a la celebración de los ritos del Cristo Negro.

La mar era una confusión de lanchones, se juntaban en las

márgenes, barcazas cargadas de pescados y de botellas. Iban para el Puerto nombrado Bello, pero alejado de Dios. Cargadores negros chapoteaban y apagaban la calor antes de verle la cara a los dineros. En tierra se veían rufianes en fila, haciendo polvo los caminos para llegar donde el santón. Unos iban sangrantes, otros joviales, otros prestos y armados con espadas y filos escondidos en la saya, listos para partirle la hermandad al prójimo. Todo es un descarrío que fluye a estos lares. Dicen que a una de España le cortaron las tetas como naranjas y la dejaron a la vista para horror del pueblo. Por eso ahora la fiesta del santón es más hacia el monte, hacia el puerto de traficantes agraces y montarases nombrado Bello.

Me fui al pueblo como huésped de ocasión. Vagabundee de portería en portería y no había donde pasar las. inclemencias. Nadie hacía posada, pues las gentes de los lares temerosas del vagabundaje y de los cortejos de bellacos y rufianes, atrancaban las puertas como si el mismísimo demonio anduviera por esos andurriales.

La plazoleta era un mercado ahorillado a la mar. Gentes abermejadas dan recados, hacen gestos, muecas, ofrecen joyas y collares, piezas de ropas de viajeros que muchas veces compran sus sayas en la plazoleta. Pactan acuerdos e intercambian mercancías como señores de la Madrid. Sin resguardo de aposentos y sin ley, hay un santuario para los malandros y los inocentes pecan a la sombra de la selva y del mar. De los pecados más réprobos, el del concubinato es el más extendido.

Luego de las celebraciones, vuelve el señorío de la ley, pero también, el del disimulo y el de la huída.

En el tumulto también hay figuras decaídas, voces lastimosas, gentes con flato grave y tripa empedernida, añadidos de achaques, mujeres zamarras y cenicientas que andan en busca de preñeces; relapsas, contumaces sin menester y oficio que anidan en estas falsas religiones de las lejanías. Algunas veces hay gritos de auxilio por la rápida mano que se da a la huída con un brazalete, por alguna mujer palpada. Hay voces de desafíos, batir de espadas, carreras y nada más. Todo es pagano de palmo a palmo. Fui de desahogo en desahogo, próximo al ansia, vecino del susto; aterrado de corazón. Pero la sabiduría del señor es infinita y él sabe que soy probo.

Quiero dar fe, que la ardientísima zarza Franciscana no tiene la

mano metida en estas desprevenidas morencias, aunque a San Francisco de Asís le habría de gustar este yermo, pero él está muerto.

Los alguaciles y los oficiales de la ley en estos páramos de Panamá, nombrados Porto Bello o Portobelo, siempre tienen el ojo alerta, pero la negrada siempre hace lo que quiere. Algún día he de recibir el capelo de manos del Rey, por estas audacias. Esta es tierra del olvido desde que Morgan acuchilló Portobello. La tierra da para todo. Yo seré buen plato para mofas extranjeras, si han de verme con la saya púrpura, como acomodan el vestir estas gentes. Esta saya es como permiso para las pasiones de la carne, pero el buen dios sabe que soy probo...

Por aquestos lares, noticias de él no tenemos. Mucho tiempo ha, hubo un cura, que fue tentado por satanás, ¡vade retro! Por las inmúmeras formas de la carne.

El Prior que embarcóse en Portobello en tiempos de las ferias, antes de que vinieran las fiebres de los pantanos, dio en visitar al cura. Entró a la habitación pero tan desatento a su obligación fue, que no vio al que estaba encargado de la fe en estos lares. Preguntó a los vecinos y fue a donde le dijeron que el cura estaba y encontrólo faciendo de carnes fiesta y de cuerpos chispa, con una mujer del poblado.

El Prior tocó la puerta del cura seguido por negros alguacilados. El cura Francisco abrió las puertas como alma que lleva el diablo. En pelota viva, cayóle a los alguaciles de vara a tortazo limpio y a punta de pies. Maceró y tumefactó a los de la ley, que no salían del asombro de ver al hombre de Dios, con la verga tiesa y bien armado; enmantecado, más presto que una liebre. Uno: atacó a los alguaciles. Dos: corrió por las callejas del poblado causando gran conmoción en el gentío, que de asombros llenos vieron al cura pugilista y garañón correr con el badajo en ristre, jadeando y en mantecas, espantando a las señoras, pobrecillas, desprevenidas y exentas. Tres: entróse en la Iglesia del santo de Portobello y desaparecióse como si fuera un pase de magia.

Los pobladores dicen que se trata de un milagro del Cristo Negro, que es más inclinado a malevajes que el mismísimo San Antonio.

—¡Agárralo! ¡Agárralo! —Le dicen la viejas antes de catar los bichos de cada nuevo cura que llega a estos lares.

Por eso vengo vestido a la usanza de los herejes del Cristo Negro, con sayas purpuradas y en la oscuridad del anonimato. Pero así es el espectáculo del mundo que en ayunas nació y son muchos los caminos del Señor.

Cuando llegué, la noche era noche oscura y llena de bichos y gemidos embozados, que van para el lugar del puerto, donde pasan los hombres con bultos y parece que despertara otra ciudad. Si no perjudica gran cosa la fama, dicen que es el contrabando que desde las umbras del tiempo... Pero aquesto es de dientes para afuera, porque en el virreynato dicen que llega a mentira lo que las voces hablan. Se trata de un rito pagano que vino con la negrada. Otros dicen que viene con el viento y que no van a debatir el suceso. En fin, si el sol trae el ámbar y la carne al mundo, alguien ha de ganar con eso... Y es mejor si se tratase de la Iglesia misma, que bien sabe Dios, cuánto les cuesta promover la fe en estos lares, donde el señor mi Dios, parece haber descansado durante la creación.

Como bien me lo advirtió el Prior, mi misión era catequizar a la negrada y no mirar las vergas de lo barcos allí fondeados, ni los bultos que van al Perú o del Perú para Holanda. No he de ver a los ochenta hombres vestidos a la morisca, ni la bandera de hoja de Flandes; no he de ver el inventario, ni el vandemecun del hormiguero de gentes de mar en aquestos lugares.

Ya me dolían los carcañales de tanto andar cuando vide un refugio en las umbras de la selva, para donde encaminé los pasos. Varias mulas atadas por la reata, estaban en la parte trasera de la cabaña. Adentro, una mestiza gemía con fuerza y un fuego iluminaba los cuerpos en un aire de azafrán. Iban subiendo cuestas en los hitos de la obras del cuerpo. Sabe Dios lo que sentía la mujer sentada de hinojos sobre un hombre negro; sobre el cuerpo, sentada sobre un tenacísimo agarre que la mecía en un vaivén de almizcle que subía con el viento. Se habla en la estera. No presto atención a lo hablado. La raíz alzada de un olvido mostró la presencia de otros andantes y peregrinos del Cristo Negro. Estas gentes se acuestan donde apetece. Entonces fue cuando sentí la dura punta de un cultrum en mi espalda. El filo de la hoja del cuchillo casi me pene-

tra en la piel, pero supe que todavía no me había llagado la mala hora, porque no había servido al Señor. Me llevaron dentro, donde había dos mujeres y tres mancebos negros que venían de cargar y descargar las naos; las barcazas que no había de ver, como me decía el Prior. Me iban a matar, pero al ver mi saya, me confundieron con uno de los suyos, o con un comerciante contrabandista de Panamá, que habría de visitar Portobello de noche para ordenar linos de Holanda u oro del Perú o para vivir los retruécanos de la aventura. Empezó a llover y los negros a vestirse en apuros. Fuesen. Me encomendaron a las mulatas.

Las aguas del diluvio están anegando el mundo. Las mujeres se sentaron a horcajadas frente al fuego dejando ver sus desnudeces y ventrudas partes. Me miraron y contaron unas monedas de oro y las guardaron en una faltiquera. La lluvia caía sin fundamentos. Mares, fábricas de lluvias se yerguen en lo alto; el cabo de las tormentas, matamorfoseado como Adamastor, multiplica la lluvia en las arcas del boscaje. Luego de seis años de cosas ocurridas, todavía no se me puede olvidar esta lluvia: dosel de aguas, paños de agua armadas de aguas, tafetanes de aguas, tapices, iglesias de aguas; fachadas de aguas, Jerusalén de aguas, espadañas de aguas, orquestas de aguas que soplaban, entonaban, ecos de antífonas y salmodias de aguas. Todo era agua, y el mundo se ensombreció de aguas, de repente. Empezó a caer más aguas, todo era agua a Dios dar. Entonces las mujeres pusieron las dos tablas de comer o almadreñas en pie. Entonces juntaron unos tapices sacados detrás de unos armarios y con los ojos muy abiertos acercáronseme e inundaron mi cuerpo de miradas. Compusieron entre ellas unas frases que no supe entender. Entonces un aroma mejor del mundo, como a paja removida, llegóme. El olor del frío entró por las rendijas de la cabañuela. La noche tiene otro olor cuando no hay luna y las mujeres están tramando algo. Las mujeres se juntaron ante mí, repitiendo un juego antiguo. Abriendo y cerrando los brazos, sujetándose las dobleces hechas, bajando las manos hasta el centro de su propio cuerpo y haciendo allí la doblez final. ¿Quién lo viera? ¡Qué tiene extraños poderes el ver! Nada de lo que pude ver estaba en los libros, ni me lo imaginaba. Solo algunas voces conventuales hablaban de diablesas que tentaban al más pertinaz, pero aquesto de ver nada es comparable con los latines. Nada había en el Iuri eclesiastici universi libri tre, sobre las dobleces de mulatas en ritos selváticos de aquestas tierras de Portobello.

Entonces las féminas me miraron más, como si me atravesaran. Se acercaron a mi cuerpo yerto de frío y medroso de alguna satanización, pero el Señor sabe que soy probo. Que he de cumplir la tarea encomendada por su voluntad.

Por la autoridad de Dios todo poderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la Inmaculada Virgen María, madre y patrona del Salvador y de todas las Vírgenes celestiales, Angeles, Arcángeles, Tronos, Dominios, Profetas, Apóstoles y Evangelistas, a vos encomiendo mi vida y mi virtud, vos sabéis que he sido probo.

Las damas de las cortes no son como éstas. Son fábricas de lucimientos y de postizos; palpitantes de la métrica y de la rima. Pero estas salvájicas... Uno no puede ser santo sin saber como Moisés, las virtudes y las templanzas que da el pecado. Entonces me agarraron el clavicordio, Dios sabe que soy probo y con boca erudita ciñeron mis partes y bajaron al púlpito y allí proclamaron la unidad de Dios con la lluvia que caía a todo dar. Entonces comprendí la misión del señor, puesto que muchos son sus caminos. Cuando las mulatas vagabundeaban por las riberas de los mil conventos de mi piel, vi con éxtasis, que esta tierra es para milagros, ubérrima. Entonces comprendí que cuando en Panamá se dice que los portobeleños rinden fe a un negro ladrón y borracho, no están en faltas, sino en metáfora. Negro, porque tiene la piel tiznada por la lucha con el demonio. Ladrón, porque de los brazos de María fue sacado, es decir, porque de los brazos de la mar, una tarde, Dios robó a su divino hijo para preces de pescadores y contrabandistas amancebados y tocadoras de gaitas que me hipnotizaron con el rechinar de sus dientes. Y borracho, porque vivió embriagado en la Divina Gracia, como estas mujeres de cuatro vidas que achicaron mi vida esa noche en la cabañuela. Porque ellos son del Nuevo Mundo y también serán hijos de Dios. Luego, las mujeres se hicieron de mí toda la noche. Casi al rayar el día, con la lluvia a Dios dar, molieron un polvo de una piedra como del tamaño de unos garbanzos y la lanzaron al fuego durmiéndome a pierna suelta cerca de las lozanías de su juventud. A la mañana siguiente, se había aliviado el mal tiempo y ninguna de la mozas estaba por aquestos lares. Pensé que todo había sido un sueño y en los sueños son todas las razones malas y las malas buenas. En sueños uno va al otro lado del mundo, pero no estoy tan seguro de que sea un sueño. Todavía siento el olor del frío y el aroma de la paja removi-

da por el calor de los cuerpos, aunque de esto han pasado seis años y todavía siento a las diablas agitando mi cama y huelo cuando transpira su hendidura y se estremece la ventana del infierno. Este sueño ha de ser el arca de la alianza en las tierras de los Filisteos.

Fuime, tres días y tres noches de regreso por la mar. Allí empecé a escribir mi informe sacro:

Venerables hermanos, salud y bendición apostólica, viajero destas tierras inmundas, donde también está la gracia del Señor, ante la siembra incansable de la cizaña de parte del enemigo y vocero de las galas del Santo Padre, que me encomendó una vista sobre estos ritos alejados de la vigilancia de la Santa Madre Iglesia, que viven en agravio de la Justicia divina y humana, para vindicta pública y escarmiento de otros, he de informaros que aparecióseme en uno de los lares de Portobello un ángel del señor y me reveló en sueños la santidad del Negro Cristo y la necesidad de incorporar estos ritos a y procesiones, al seguro cobijo de la Santa Madre Iglesia. Y recomiendo la urgente misión de hacer una iglesia en el lugar mimísimo de la revelación. En el lugar donde se han santificado los nuevos prosélitos de Cristo Nuestro señor, que una vez más interpone ante los humanos ojos, la verdad, en cuanto a que los caminos del señor son de muy diversa gama y de muy diversas vueltas. Una vez descubiertos, no han de ser torcidos, por lo que me propongo como voluntario para edificar las bases de la Iglesia de Portobello antes de las fiestas de guardar.

# Vienen de Panamá

Llegué a Panamá sin los diablos de blanca, que por no tenella era mi cama dura piedra, pero como la necesidad, el ingenio adelgaza, valíme de la poesía, de la que comí dos semanas; Neptuno no medra, ni las Gracias abandonan a sus hijos, porque un boticario rendido a una mulata, esperó que mis musas diesen resultados. Así que hice de la mexquinamente fea, una divinamente bella. De su boca grande hice un botón, de sus ojos de monte hice una réplica del rocío. Así que híceme de fama palpitando la métrica y la rima; enarbolando las banderas de la glosa compuesta; mientras el galán se queda con las gracias de la dama, yo me quedo con las gracias de la blanca, cantante y sonante, y nos distribuímos por igual las culpas.

Panamá, audiencia y sede Episcopal, es saludable, llena de frontispicios, calles entoldadas, llenas de doseles, casas de cedro; se regalan en oro las miradas, andan por los arcos de la calle nueva, plena de faustas noticias, de decretos y decretales, que fundan una fiesta nueva.

Este año saldrán de la ciudad, vaquillas. Habrá danzas, marimbas y charamelas. Pasarán las banderas de los soldados de las naves del puerto, que van al Perú. Atronarán las trompetas y los tambores; no será excusa la prudencia, ni las plumas del yelmo tendrán las viseras caídas; capas blancas, ropas cenicientas. Mucetas pardas herirán los oídos de la señora de la quietud. En regocijo de las voluntades, cambiarán las palabras del saludo, negros y mulatos de las afueras y señores de La España. De adentro, cambiarán sus miradas y dirán sus verdades en silencio.

Los comerciantes sacarán sus lienzos de maravillarse; sus declamaciones, el cura; sus vaquillas, los ganaderos; sus armas, los soldados; sus oscilaciones, las pequeñas y pálidas luces y las galas, las mujeres. Pero de todos, los que más sacan, son los comercios: estameñas, forjados, damasquinos, azogue; barriles de buen vino de jerez San Lucas. También madera, cuero y carey, oro, plata y pedrería, guarnecida por ejército de negros con palos y patrones con espadañas y espingardas. ¡Qué bella Panamá! En buenahora llegué a sus playas , donde Adán come del árbol de la vida.

Por algo, Lope de Vega, cura garañón y envidioso destos lares, hizo un cobertizo en sus poesías para guarnecer estas estrofas:

*¿De do viene el caballero?*
*Viene de Panamá.*
*Trancelín en el sombrero*
*viene de Panamá.*
*Cadenita de oro al cuello*
*viene de Panamá.*
*En los brazos el gregüesco*
*viene de Panamá.*
*Las ligas con rapacejos,*
*viene de Panamá.*
*Zapatos al uso nuevo,*
*viene de Panamá.*
*Sotanilla a lo turquesco,*
*viene de Panamá.*
*Corto cuello, puños largos,*
*viene de Panamá.*
*La daga en banda, colgando,*
*viene de Panamá.*
*Guante de ambar, adobado,*
*viene de Panamá.*
*Gran jugador del vocablo,*
*viene de Panamá.*
*No da dineros y da manos,*
*viene de Panamá.*

La ciudad vivía días saludables; se quemaba romero para alejar las epidemias en las calles. Quedaba el aire azulado de humo, pero las noticias del destino son siempre medias noticias; ya andan

arañas por sus hilos, levantando su propias velas, y las mulas, los mulares de la travesía a Portobello, batiendo recio, ya que no es animal para arrebatos, ni para ruidos de ciudad alegre.

En el reino de Panamá, no hay joven, esclava, negra o mulata que no remueva cielo y tierra o boticarios, hasta ir a la moda con cadenas y brazaletes y joyas de gran valor. El tocado de esta baja clase de gente es tan ligero y su modo de andar tan encantador, que muchos españoles, aún los de la mejor clase, que suelen tener mucha afición al deleite venéreo, desdeñan a sus mujeres por ellas. Cofias, basquiñas y refajos, embellecen a las damas. Los desnudos senos, blancos o morenos, los llevan cubiertos de madroños, que cuelgan de cadenas y de perlas. Las más entre ellas, son esclavas, aunque el amor les ha dado la libertad para que a su vez, esclavicen a otras almas. Y a mí, Juan de Miramontes, me trajo la blanca del diablo y no hube de pasar necesidades, aunque no tenía carro de junta, ni tierras de labrados, ni naos para la pesca. Pero las noticias del destino siempre son medias noticias, pues ya andan los lobos de la mar merodeando. Un escuadrón de dragones no dormirá esta noche y el gobernador en este año del señor, Don Juan Pérez de Guzmán, mandaba a decir una misa por la victoria de las armas españolas.

A pesar de las nieblas que los años echan sobre la luz del entendimiento, no olvido aquellos años de felicidad y regocijo. Años mozos en una ciudad que no existe, pero que rememoro como si el tiempo pudiese andar lo desandado.

Entretanto, no estiraba el verso para ganar las gracias de alguna moza o dama de calidad. Ibamos durante todo el día a vaquear ganado suelto o a cavar la tierra, sin desdoro. Es bueno no olvidar los trabajos pesados, nadie está libre de volver a necesitar de ellos.

Dispersos en los campos, bajo los árboles, al abrigo de los bloques de piedras, blanquísimos y fulgurantes cuando salía la luna, estaba cálida la noche. Los bueyes rumiaban, el sol se levantaba de la mar que vemos allá. Los hombres echan agua sobre el barco que cuando se hubiere secado, empezamos a hacer una pared con ramas de buen grosor, acrecentadas con ramas de menor grosor. La primera pared, para una alacena grande o almacén para mercaderías y chucherías de los negocios venidos de Portobello. Los carpinteros, con

mazos, taladros y formones, abren ventanas rectangulares donde van encajando y batiendo cuñas. Los bueyes rumian y baten moscardones con el rabo. Los hombres están ya durmiendo y entretanto, otros comen y descansan. También estas labores son como construir dramas, sonetos y églogas. Si no se pudiese descansar, no valía la pena construir depósito para el convento. La comida era de mucha abundancia, pero el estómago advertido sabe encontrar lo mucho en lo escaso, sobre todo si es el de un poeta de profesión y oficios como el de Juan de Miramontes, experto en hambres y doctorado en necesidades.

La jornada es difícil y el trabajo mucho, pero la blanca es buena consejera de la vida y el trabajo hace mucho que no dispone la acampada, desde que el Rey mismo, que nuestro señor lo ilumine en su lucha contra los enemigos de la fe, porque alguna excusa han de tener las guerras.

El Rey ha mandado a arreglar las calzas y ha mandado a hacer un puente "Del Rey", nombrado para cruzar el pantano, para que crucen sin riesgo las alhajas y los ducados que vienen del Perú, prestos y sin riesgo de ser tragado por las miasmas.

Los hombres descansan y se adormitan cuando sale la luna. La luna, según dicen los meztizos, (los de mayor fuerza de obraje de estos lares, porque no es tanta la laya de los poetas), es fulgurante y enloquece a las mozas. Las pone en celo y les atraviesa el ánimo, hasta que se hacen de hombres. Otros se quedaban mirando al astro y veían indistintamente la silueta de un hombre que fue a cortar leña después que salió la luna y el señor le castigó, obligándole a cargar un haz por toda la eternidad. Por eso en Panamá, la luna no es para trabajar, sino para amores.

Muchas mujeres cuando ven la luna nueva, dicen a sus hijos:
—Esta noche vuestro padre duerme en casa.

Enrrollados en las mantas, extenuados, sorprendidos por estar vivos, resistiéndose al sueño para que no viniera la muerte, en las fauces de las fieras, las tarascas de las serpientes, las fiebres del pantano o en los filos de los negros huídos, que son muchos y tienen reinos en el centro de la selva, cerrada la noche, cayó un aguacero, como metáfora de diluvio, que nos hizo andar el corazón

como si nos pesara; como si la remunerada indulgencia de los cielos no llegara. El agua, por aquestos lares, pone a la gente pendenciera y díscola, como raposos con barbas por el temor de la muerte, que no toda es igual, sino lo igual es estar muerto. Entretanto las horas pasan, llegó la noticia, y como las noticias del destino son siempre medias noticias, siempre que no vengan del otro mar y digan que una cantidad hasta de cinco cientos de piratas vienen para Panamá.

Las gentes en nervios recordó que el pirata había tomado el penal de Santa Catarina. Esa vez fue Portobello, la noticia llegó en las andas de un vigía de pasos, que tenía una mula con no pocas mataduras bajo la Albarda. Esta vez el asno traía la carga leve pero la noticia pesada.

Según cuentan los del obraje, en aquel tiempo los piratas atacaron en nocturnidad. En un lance afortunado los del filibuste hacen tronar por los aires el depósito de pólvora. Los conventos de frailes y de monjas cayeron prisioneros y en el pueblo las gentes se fueron en batahola. Rezaban porque no les pase nada y el Señor les libre de todo mal, aunque esto no les sirvió de nada a los del convento. Pero una parte del fortín no ha caído, un capitán aguanta todos los lanzasos y tarascadas de los piratas. Les tiran carascas encendidas y pucheros atibarrados de pólvora, pero la piratería ha lanzado con escudos a los monjes y religiosas que han muerto acribillados entre los fuegos. Pero la furia y ardides de los malvados ingleses llevan la de ganar. Los muertos ya se cuentan por cientos y de seguro, después se vienen para Panamá. Pero don Juan Pérez de Guzmán pactó con los del filibuste y se fueron para Port Royal. Indiferencia y temores inundaron a la gente bajo la luna.

En la ciudad, más temprano que de costumbre, se celebró una Junta de Poderes para evaluar la situación. Don Juan Pérez de Guzmán hizo llamar al Capitán de los Dragones, que podía movilizar más de mil hombres. Se hicieron misas y se levantaron muchas plegarias y procesiones. Los piratas, para llegar a Panamá, tendrán que pasar por el Fuerte de San Lorenzo en la desembocadura del Chagres, combatir contra trescientos soldados fogueados, y si triunfan, combatir a los indios. Después de varias semanas de andar por la selva y con hambre, hay que mandar a desalojar el camino, para que encuentren un peladero inhóspito. Debilitados les haremos frente en el paso de Quebrada Oscura o en los llanos donde los

Dragones harán el resto. Pero Juan Pérez de Guzmán creía más en las plegarias que en las armas.

Como se supo mucho tiempo después, por boca de los prisioneros, los españoles del penal de Santa Catarina simularon un combate y se entregaron allí. Morgan toma a dos indios prisioneros y a un mulato. Los indios no hablan y mueren pero el mulato los vende y le señala a Morgan el camino de Panamá.

El obispo iluminado por su santidad predijo que los piratas no llegarían hasta la capital del Reino y ésto bajó los ánimos de los fieles.

Sin embargo, en la noche, muchos comerciantes y personas del gobierno, hicieron aguas a otras ciudades, en los barcos que zarparon prestos y atentos a la noticia del ataque. Otros, los más, fueron a las islas cercanas y a la de Taboga, donde pusieron a buen recaudo sus almacenajes. Pero los del poblaje meztizo y los mulatos y los españoles recién venidos y los pobres de fortuna, siguieron su vida con lirios en las orejas, sin saber que ésas eran las primaveras de Burro. Otros tomaron sierra, volviéronse por el Camino Real para Beraguas. El mundo de cada uno es el de los ojos que tiene. Desde entonces, fueron fatigosos los días, mal dormidas las noches y los mozos se van de chaperones de mujeres y de riquezas a las islas, mientras que los mayores esperan y rezan, para que Dios nuestro señor, pierda en la selva a los piratas y si no, allí están ellos para lavar con sangre el honor español. Algunos aprovechan la inquietud del poblado para vender más caras la mulas, subir el cabotaje de las naves o para asaltar el desprevenido jardín. Pero viene el corregidor del crimen y los cuadrilleros; se llevan al pendenciero para formar parte de la tropa. Los frailes, no se ha visto congregación tan conocedora de cómo se alternan y compensan mortificaciones y consuelos. Muy pronto no quedó mujer vacante de consuelo, moza protegida y acompañada al monte para hacer una empalizada en la lejanía por si acaso llegan los piratas. Pero mientras tanto, sirve para pasear y en apariencia de virtud, perfumar las necesidades del hombre.

Don Juan Pérez de Guzmán sigue rezando y las cuentas del rosario no le alcanzan para tanta virtud.

Me hice de trabajo en la botica de Alvaro Diego, el de la mu-

lata, triste por esa ocasión porque la dama del cuento, fue de compañía de su señora a Taboga, mientras su esposo defendía la ciudad con valentía y presteza. Alvaro Diego no tiene más remedio que mostrarse triste. En definitiva, para qué viene el hombre a este mundo, sino para que lo despojen o para despojar. Si uno tiene que ir zancandileando por las callejas de la vida. Pero su negocio se hizo cuento, alegría, cuando los militares que tenían enfermería aparte y los del convento, lleváronse toda la mercadería de la botica, y lo dejaron cargado de duros.

Con la muerte en posible lontananza, la vida siguió. Los frailes con sus letanías, y don Juan Pérez de Guzmán con sus rezos y los Dragones con sus uniformes de gala y prez; los gentil hombres de cámara, con sus espadas y arcabuces y séquito de mulatos bien armados. La devoción se nota en los frailes y las gentes componiendo la expresión para que no se vea la cara de susto. Aunque hace semanas no se sabe nada de los piratas, peste con que la reina de Inglaterra, manda a perturbar el orden del mundo.

Pero acá en Panamá había suficiente medicinas y herbajes para llenar todas las boticas del Nuevo Mundo. Por eso, Alvaro Diego, que no admite resistencia a su albitrio, abrió otra botica en medio de la batahola y se fue llenando de duros y yo, Juan de Miramontes también, porque Panamá es buen terreno para fundar cimientos en ella. La ciudad estaba cargada de gentes de afuera, de llegados del camino, de arrieros de mulas, buscavidas, mulatos, negros, indios y peones de haciendas, que con una vaquería inmunda y con una recua de mulas y de puercos, hacían parecer la ciudad, no una imagen de Roma, sino de Persia. Una Persia de alfombras que rebuznan y mugen.

Una tarde vino a la botica una monja joven, que tenía una cara donde se desvanecen grandes sueños y me dijo que le había dicho el confesor, que se lo dijo el general de la orden, que se lo dijo el patriarca, que fue a preguntarle al Gobernador Juan Pérez de Guzmán, que éste, en medio de sus rezos, tenía preparada una nave de guerra para levar anclas.

Todos en la ciudad parecían ora defenderla, ora, abandonarla. Pero los del mulataje que conocen sólo las maneras destas tierras desde nietos, biznietos y tataranietos, y que conocen muy bien el pie que calzan, siguen igual en sus casas de adobe y cedro. Siguen

hortelanos en sus huertas, construyendo las basílicas de sus días; arrimándose a las mujeres y al cuidado de los niños o mirando la luna para saber si es la noche buena para pesca, aunque muchos han lanzado sus platas al seno de la tierra o los pozos de aguas con brocales y lienzos, que guardan más secretos que el agua misma.

Estaba yo dormitando la siesta, cuando pasó un veedor o vigía, que avistó a la hordas inglesas que enfrentaron a los indios en Quebrada Ancha, matando y despedazando al jefe indio que dió cuenta de muchos ingleses.

Alvaro Diego está abrumado, al pie del mostrador de hierbas.

—Ayer, morir es una fatalidad, desde ahora es una banalidad.
—dijo.

Tomó un espolón y me dio un sable y dos arcabuces con pólvora y balas como de cañón diminuto y nos fuimos a la plaza donde la gente vociferaba como arrieros en taberna. Se inflamaban discursos, algunos con vara de mando hablaron al poblaje de defender la ciudad. Que los del filibuste se han de quedar pálidos del coraje de las gentes españolas, que al mando de Juan Pérez de Guzmán, todos iban a salir bien librados del trance, porque con tantos rezos ya he de ser un protegido del señor, mi Dios. En eso se dispersa el poblaje cuando empiezan a sonar tremebundos, los cañones, que han de hacer trizas al enemigo. Cien estampidos movieron la tarde misma. Con violencia saltó la tierra por los aires, se movió la ciudad y hubo que acojerse a la protección de los andamios. El capitán Francisco Benavides, de los Dragones, pasó con una escuadra de indios que empezaron a arrear los toros de lidia y las vaquillas, para tirárselas encima a los piratas, que aorillaban la ciudad, sin antes dejar sus pellejos, porque ya no habrán de palpar los ricos paramentos ni los paños, porque la violencia de sus mentiras había traído la ferocidad del combate.

Al rato salieron unos frailes en orden, a socorrer heridos, porque los combates eran cuerpo a cuerpo y los Dragones que eran doscientos, no podían contra los cinco cientos de diablos piratas y los cañones de la ciudad no hacían mucho daño al bandalaje. Las lágrimas no entran en la historia y los monjes se fueron a los campos

de la carnicería a ser también muertos, heridos o tomados prisioneros por los piratas.

Atraídos por las promesas de salvar la vida, todos se salieron a las calles. Algunos toros de lidia desbocados caían en manos de los mestizos que aprovechaban la guerra para hacerse de buena carne y hacerse de manos de las mercancías de las bodegas que ya nadie protegía, porque sus señores están en alta mar de huída o sus guardianes heridos o matando en los llanos.

Toros, indios, vaquillas, puercos, frailes y monjas, todos en retirada, entraban en la ciudad. Muchos entraban sangrando. Corrían las mujeres, lloraban y daban gritos. Los niños aumentaban el alarido. Algún mujido de toro, gentes de tropas cargados de heridos o de fardos daban órdenes. Barcazas, barquichuelos y canoas llevaron a la mar a las miasmas del manglar, a sus cargas, para escapar de la cónclave pirática, que daba desenfreno a todo su salvajismo. Otros, por senderos de cabras, hacen caminos para Darién, salvando la vida y algunas pertenencias.

Juan de Ginebrosa, comerciante, cambió de ropas con su esclavo; un mulato de buen porte, que vio el gesto como un regalo de su amo. Sin la malicia del villano, trocó sus vestimentas y se fue a pasear por la ciudad con su señorío prestado.

Juan de Ginegrosa maldijo la hora en que abandonó Darién, al amparo de las rimas y la conversa de Mateo de Ribera. Martín de Valencia, habló de sus obligaciones, qué mercedes le han traído y que no está para muertes prematuras, así que hizo las de Villadiego rumbo a las barcazas que lo habrían de llevar a alta mar; donde había un viejo galeón fondeado en la ensenada de la isla de San Miguel.

El maestro de obra, Amaro López, corre implorando un lugar en una barcaza, tratando de sobornar con una perla, para ganar un lugar sobre las olas y salvar las reliquias y ahorros del seminario mayor.

Una madre vieja con una camada de hijos imprecaba a los piratas: —Malditos sean hasta la quinta generación y te cubras de lepra por toda la eternidad mientras, íbase presta por la orilla del

mar, camino del Darién.

Yo, Juan de Miramontes, que estoy rememorando, cansado de la edad, de los rincones de la memorias traigo aquellos aciagos días para solaz y para vivir otra vez las bienandanzas de aquellos días de felicidad y de peligros en la ciudad de Panamá, antes de que la maleza y el olvido cubran las ruinas abandonadas de la ciudad.

En medio de la batahola creía que iba a morir y que mi cuerpo iba a ser una cruz enterrada al borde del camino, sin el cuidado de algún deudo. Pero no quiso Dios que la vida fuera con mis temores.

Fuíme con Alvaro Diego, el boticario, a socorrer heridos y a ver los combates. Algunos estaban bamboleantes de brazos y piernas, otros se desangraban hasta morir y un mestizo estaba súbitamente caído, echando espumarajos por la boca. Algunos estaban atados de pánico a la muerte, que rasguñados y no desollados, yacían disfrazando su vida.

Un fraile gritaba: —¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Hay que armar una cruzada contra Inglaterra! Antes de caer herido de un arcabuzaso que le propinó un joven inglés, que con aterradores gritos, vínoseme encima para caer mal librado de un disparo de espingarda, que díole y de tres lanzasos, mi compañero de armas Alvaro Diego. El inglés ya no pisará más las pajas con sus pies y no matará más monjes anticuados. Salidos de las filas de heridos y lejos de apreciar tal panorama, protegido entre las lozas, vimos pasar un cortejo de miserables dirigidos por uno picado de viruelas, de poca estatura y de mucha vocería. Al parecer, la historia está llena destas gentes que se quedaron fuera de la puerta. La confusa turba trabó combate con un pirata que llevaba enjaezada a una moza como de once años, más asustada que un pajarito. Los mestizos dieron cuenta del inglés con premura, tanto, que no supo de dónde le venía la muerte: si del sable que le atravesó el estómago a la altura del cinturón o si fue por los borbotones de sangre que salían de su garganta cortada como puerco. Otras vocerías de mestizos llegaron huído de una turba pirática, pero fue repelida al uno. Al dos, sacamos a la rapazuela y a la tres, los piratas no vieron ni las sombras de los mestizos que fuesen a otros lares.

La niña tenía un gracioso y ligero semblante. Así estará Dios

en el cielo. La niña dijo ser de la calle cercana a la casa del corregidor y que en una huída se cayó del carruaje y se salvó de milagro, pues un trueno espantó a las bestias, tropezando su carga contra los bordes de las casas y del puente. Ella salió por la ventana y cayó sobre los lodazales de las porquerizas.

Su padre, dice Alvaro Diego, sable a la siniestra y niña a la distra, es un caritativo caballero nombrado Blas de Quiñones. Celo, piedad, justicia y compostura se le pidió a la niña, marchita, ofuscada de llanto y medrosa y fuimos a las riberas de la playa más cercana donde unas mujeres indias hacían bultos y se hacían a la mar y nosotros con ellas. Era una noche sin luna, como si fuera cómplice de nuestra huída a descampado.

Era la hora nona y ya la ciudad empezaba a arder toda con intención. El mestizaje y los de España prefirieron quemar todo, antes de que cayese en manos miserables y hambrientas de oro.

Poco tiempo ha pasado después de que el capitán Francisco de Haro, valiente entre valientes, frente a los Dragones de Panamá, inquietos iban los corceles, hinchan la nariz, refuljen los jaeces con refuljente platería y tras el grito de "¡Viva el Rey!" empezó la guerra. Y también cayó, valiente entre valientes, al frente de los Dragones panameños, Don Francisco de Haro, con los caballos atascados en las miasmas de los llanos.

Siete mil casas de cedro y otras de cal y canto empezaron a arder. En cenizas se tornan las ricas mansiones: sus tapices, sus alfombras y sus preciosos adornos. —Mejor es que el fuego lo consuma todo antes de que se lo roben los malditos bucaneros— dijo Alvaro Diego.

Sable a distra y niña a siniestra, mientras nos adentrábamos a la mar oscura, iluminada a ratos entre las malezas del mar por el fuego de la ciudad de Panamá, que ardía.

La indias riyéndose de nos, hicieron espacio, más ¡ay! la barcaza solo podía con todos menos uno. Así que antes de que escogieran, fuime, despidiéndome de Alvaro Diego, que hacía señas de que no me fuera. —Es duro el mendrugo, pero es el mío —dije con las aguas hasta el cuello pero a pie firme.

Alvaro Diego me tiró su bendición y la niña su sonrisa. —Tente –dijo– mucho cuidado con los Idus de marzo, que andan con muchos perfumes falsos. Yo les dije que, cuidado con los estragos del mal tiempo. Y se fueron perdiendo en la noche del gran desastre.

—¡Nos vemos en la botica! —me dijo Alvaro Diego pero no escuché lo que seguía porque la mar ensordecía. No sé si los volveré a ver más porque la abastecida de la vida solo la sabe Dios.

Cuando llegué a la orilla, descansé para que me volviera el alma al cuerpo. Otros hombres venían en descampado y se instalaron en la playa, en tan deplorable estado, que cuando me vieron, prevaleció la agilidad de la carrera y desaparecieron donde el playón desaparecía .

A lo lejos, la ciudad ardía, como breve sol, apurando su caduco lucimiento, como juego del tiempo. Lo que fue antes ostentación y gloria, es fuego, humo, cenizas, nada.

Tantas nubes de decoro en espesas nubes suben; nubes que trepan orgullosas en el viento, atrevidas en la noche, desprecian de la tierra vecindades. Sobre la desmayada altivez de Panamá, la bella, donde Adán otrora cortar pudo el árbol de la vida, la noche triste, la madeja de luces aprisiona. Lenguas de fuego brioso, el orgullo riendo y el verdor derriba. Pero éste es el juego de la muerte y también el de la vida. Es fuego de honor, porque el impío pirata, no tendrá, pródigo, su victoria de escarmiento. Esa fue una noche de gran desastre. Al día siguiente, echaron cuentas: cientos de hombres murieron o fueron heridos, pecho reventado, miembros partidos, daban quejidos de desfallecimiento. Por los azares de los que uno no puede escapar, huyendo fui a dar a la ciudad para apaciguar un insomnio lacerante. Unos monjes empapados de paños, ateridos y maltratados que dan pena, murmurando oraciones para limitar los peligros, fueron a desuncir mulas y caballos, a atraillar bueyes, mirado por ingleses fieron de atuendo. Mientras otros, holgan y refocilan a una mujer con la saya levantada detrás de una carreta.

El humo y las pocas luces de la mañana todavía hacían sombras. Algunos hombres del mestizaje rondan por los caminos hacia las afueras, intentando ocultar el enfado. Fuime con ellos, que me

hicieron señas y salí por un camino de mulas rumbo del Darién, el cual tenía tanta confusión de pisadas. Los hombres comentaron que por aquellos lares no se sabía si eran más peligrosos los indios flecheros o los piratas. Hubo uno que dijo que sí y otro que no. Véte tú a saber! Supe que las gentes estaban casi todas huídas, solo quedaban en la ciudad heridos y sus familiares, o los capturados por el monte.

Pero los piratas estaban en desespero creciente porque era muy poca la riqueza capturada. Así, empiezan a torturar para pedir remedio al caso. Capturado el peón de Ginebrosa, confundiéronle con señor rico por su atuendo y le inquirieron por el cofre. Pero el mulato de Ginebrosa, en medio de gran desolación por los zurriagasos y los sabañones en las partes, implora diciendo no saber nada. Pero le queman las carnes con restos de madera. Los piratas esperan que hable al abrigo del miedo, pero éste no sabe nada. Luego metióse otro pirata más joven y abrióle la boca y empezó el destripe a la vera del camino y para escarmiento de todos los prisioneros.

Probado es que Dios ama a sus criaturas y éstas trenzadas crines que llaman la historia, es precisa negociación para premiar su devoción y su fe o para poner cintas para expectar al mal o para castigar los deslumbres y pedrerías; las oriflamas, que poca añoranza hacen de ostentaciones. O para borrar las jactancias de los poderosos destas tierras que forradas en el tissú de la avaricia, como si este arpegio ronco de la voz divina oprimiera la garganta de la armonía y dejase fluir sosegadamente por miedo ageno, la providencia del señor. Alabada sea su gloria y aunque San Francisco vaya bajo sospecha, oscuros retruécanos siempre tienen los deseos del señor.

Después del destripe, empezaron a aparecer ora una bandeja de plata, ora unos cuantos ducados, ora sacos de cinamomo, ora burros enjaezados, ora perlas, ora adornos de oro del altar mayor, ora pedrería diversa. Pero la piratería no estaba satisfecha y ya se insubordinaban al jefe y los piratas, hacían negocio por separado. Más tarde, según se supo, Morgan fuese con la platería y el oro, dejando a la miserable gente en abandono.

Muchos heridos morían sin cuidado y eran enterrados con premura donde la fama no preconiza. Otros, con ojos llorosos,

imploran a su muerte sepultura y otros se hacen los heridos graves para salvar la vida, el mayor tesoro. La turba pirática se hace a la mar a la captura de huídos y a pedir rescate, ya que es mínimo, pero tiene el tiempo cada cosa. Algunos piratas se dan empujones al desmantelar el velludo carmesí de una litera cardenalicia. Los dorados paineles imitan al oro y el pomar de una huerta de Franciscanos. Pero la pirática gente prefiere la carne fresca de las reses muertas en las guerras de hombres. La obra de labra está destruída. Una lluvia leve hace humear los trozos de pueblo y la argamasa encharca y enloda. Un cabrestante atraviesa el camino donde los piratas tienen avanzada patrulla para trocar vidas por propiedades.

Un hidalgo de peluquín empolvado, se encomendaba a los santos para detener la brida destos hechos naturales. Pero como los santos se distraen, tiene que sacar de un pozo, un bolsón de duros, que causa benigna conmoción a las piráticas huestes. Otros en fila y amarrados por las cintura y las manos, desgranaban las cuentas del rosario. Padres nuestros vienen y van aves Marías, y se demuestra que en la hora aciaga, en el fondo, faltaban de verdad padre y madre.

A lo lejos se oyen mujeres clamando. Las olas baten con tanta fuerza que las salpicaduras levantadas van a caer de plano como una lluvia leve. En cuanto a los muertos, ni vale la pena hablar. Los entierran donde pueda el azar.

El jefe pirático, Morgan, nombrado, con aire de caballero, —leproso sea su nombre por los siglos de los siglos riñe de buena gana con una turba inglesa. Ya los sacude, ya les da con los pies, ya los amenaza con el sable, ya les amenaza con castigos, con menos parte del botín, ya los ataca como remolino que quiebra casas con la fuerza del viento. Encallado su encono, les echa del lugar. Los hiere con una mirada sin hierro y sin fuego. En presunción de que es el demonio el autor del desaguisado, supe que, Alvaro Diego y la niña estarían en algún lugar de alta mar, puesto que los piratas han avistado el viejo galeón en la ensenada de la isla de San Miguel. Hicieron tiempo en demasía en la playa de la isla tras unas mozas que se bañaban con sus pieles naturales, mientras el viejo y lento galeón se hizo a la mar lejos de sus vistas. Y como ellos no tienen nave grande en este lado de la mar para trabar combate y persecución, se quedaron refocilando con las mozas y así también se que-

dó Morgan, —leproso sea su nombre por los siglos de los siglos—. Sin moros ni indios a quienes meter la espada, ni oros a quien meter las manos; rayos, incendios, tempestades, inundaciones, malos viajes y temblores de tierra, plegaron el ánimo del perro inglés, que en esos momentos debió tramar la huída con el poco oro capturado y el abandono de sus hombres.

Los que no tienen oro ni propiedades serán llevados como esclavos y cargadores, como todos los rendidos con disimulo en la isla penal de Santa Catarina. Esa fue la suerte del mulataje y dentre ellos, la del nombrado Ginebrosa, tomado por un raposo de las calles y esclavizado. A mi memoria llega su rostro pálido de muerte. Como pálido de muerte fue el rostro del santo gobernador, Juan Pérez de Guzmán, que salió con los obispos de la misa en favor de las armas Españolas y tras una enramada muy lejos de la bellaquería, miró el avance pirático. Tan pálido era el rostro de Ginebrosa, que se parecía al del gobernador, que dieron un arcabuzaso en el bastón antes de tomar las de Villa Diego e irse al galeón fondeado, donde estará a salvo Alvaro Diego y la rapazuela de rostro inocente y pálido, pero no tan pálido como el de Ginebrosa, rico mercader esclavizado por trocar ropas con su mozo de mulas. Porque su mujer, huída a Taboga, dióle por destripado y no volvió a buscar restos a la vera del camino, solo rezos y oriflamas adornan su memoria.

Tras varios días de batir olas, llegaron naves piráticas de Taboga con una prisionera.

Mucho tiempo después, cuando la rapazuela, —ya no es la rapazuela sino mi mismísima mujer. Pero ésa es parte de otras memorias. Mucho tiempo después, cuando había mucha nieve en mi jergón y cicatrices en mi ánimo, supe desta parte de la historia que narro. Mucho tiempo después, en la botica de Alvaro Diego, en la armería de Alvaro Diego, en la Joyería de Alvaro Diego, en las quintas de Alvaro Diego, después paseando por las haciendas de Alvaro Diego y de su socio por supuesto, Juan de Miramontes. Vínome la frágil música de los recuerdos de boca de la mulata de las rimas que pidióme por encargo, treinta años ha, cuando llegué a Panamá la Bella, la envidia de Lope de Vega, cuando estaba sin blanca y mi cama era unas tablas. Yo no he sido uno de los trece de la fama, pero más que fama espero ganar el recuerdo destos tiempos.

La moza cuenta que estando en Taboga, muchas nacidas de alcurnia que allí estaban huídas, vieron venir las naos de los piratas y se dispusieron a llevarse cuanto pudiese servir para las amenidades de la vida y el cuerpo. Unos hombres de años dijeron que era porque no habían capturado suficiente en Panamá y que los piratas en desespero suficiente, pedían rescate por damas y señores de alcurnia capturados. Hicieron cuentas y no tenían suficiente marinería, ni manos fuertes para irse más a la mar. Como otros barcos, hicieron cuentas para que los piratas no siguieran buscando, sino iban a toparse con las campanas y carrillones, las lámparas de plata, los candelabros y los colgantes, las pedrerías y el oro, veladores de bronce y cálice de custodia de plata sobre dorada, los sagrarios y las estatuas de los santos, los dalmáticos, los pluvilones, los cordones y los doseles, los palios y las albas de peregrino; maderas incorruptibles del Darién, y el oro de los ciento cincuenta años de traer la palabra de Dios a estas tierras. Hicieron cuentas y decidieron echar suerte para entregar a una dama, para que la marinería pirática no buscase mucho en los islotes circunvecinos. Esclavas y mulatas fueron mandadas a la playa a mostrar sus senos sin madroños y sin rubor a los perros ingleses. La dama fue señora, que se ofreció de buena gana, ya que estaba en sentimientos de muerte por la viudez repentina o por la ganas de ir a las ruinas a saber de la suerte de sus padres, que no pudieron escapar de la conmoción muy grande que rasgó los cimientos de su vida.

Llegó la dama a la ciudad. En todo el viaje los bucaneros la estuvieron palpando de partes, pero cuando lanzóse al agua la dejaron tranquila, por temor de perder su vida y su rescate. Hay muy poco oro para que quepan tantas voluntades, por eso no hay que tentar de magras a la suerte. La ciudad estaba conmocionada por la muerte del falso Ginebrosa.

—¿Dónde está el tesoro? Le preguntaron al infeliz. Pero como nada sabe, nada responde. Los piratas saben que el miedo es una religión de grandes causas y hay que arrojar al poblaje a ella para que aparezca el oro escondido.

—¿Y esta llavecilla de cofre, qué es?

El mozo que nada sabe, nada dice. Entonces con furia animal le aprietan entre varios una cuerda entre los ojos y se la aprietan

hasta saltarle las órbitas. El que andaba con señoríos prestado, confiesa que no es Ginebrosa sino su mozo. Los piratas sospechan un ardid y le cortan las orejas y la nariz (muchas misas se dijeron después por la valentía de Ginebrosa, que dado por muerto habría de estar en las tabernas de Port Royal, añorando su vida perdida y trocada por la de un infeliz que murió en su lugar). Le cauterizan las heridas con paja ardiendo. Pero el desdichado seguía callado ante el interrogatorio inútil. Entonces los piratas demostraron ser gente extremada. Se le suspende de los testículos con una cuerda. ¿Dónde está el tesoro? —¿Dónde está el cofre que abre esta llavecita? ¡Habla, perro español! ¡Habla panameño de mierda! —imprecaban los piratas— y nada. El hombre debía haber escondido su alma en los más recónditos lugares del espíritu. Agonizante le dejaron en el lodazal y un negro de las huestes piráticas lo pisotea hasta la muerte (Ginebrosa habrá sentido nostalgia del cofrecillo enterrado en algún pozo de Panamá y su agonía habría de ser infinita, porque también los muertos no son los que se cuentan y se entierran, sino muchos que andan por allí, bostezando y peleándose tras un vallado o sirviéndole ron a contrabandistas en Port Royal).

La mujer traída de Taboga se entera de la historia y ruega por su alma y la de sus padres, que avistó entre la turba, con gran regocijo.

Aunque a los viejos españoles se le mudó la color y se le estremecieron las paredes aplomadas de la tristeza, llegó un momento en que la madre, sufre trabajos para mover las piernas, pero la mano en el hombro del viejo le recuerda que Dios aprieta pero no ahorca. Aunque no podía ocultar la alegría de verla viva, se entristece de la suerte de la hija, pero él también se alimenta con sólo verle la cara.

El rostro del viejo dejó una postrer mirada que sólo el que ha pasado por tal trance puede presentirla, puesto que en la vida hay más que un erial. Tendríamos para tanto terraplenar los sentimientos destas gentes, sufridas de tantas privaciones de boca y endurecidas por los matojos de soledad y la tristura de la captura de la hija, que mejor dejamos los sentimientos de lado. Silenciosas iban las gentes sin saber que estaban sentados a la diestra de Dios. El mar a lo lejos sonaba como si 20 mil hombres estuvieran rezando la oración de la tarde.

Bella era la mujer, que al paso quedan suspensas las voluntades. Bella era la mujer que nunca tuvo conciencia del placer que causaba su vista; bella era la mujer, que a todos caía en gracia y temor, sus grandes ojos, negros de noche nochera, inmensos y mansos, indicaban que el mundo muy a pesar de los pesares, sí estaba bien construido; bella era la mujer, que en el pensar no estaban primero los fornicios sino lo bello. Nunca en el mundo habíase reunido en un solo lugar tanta belleza y tanto sufrimiento.

Un pirata que iba con un cuarto de toro en la espalda, al verla, resbalóse en el cieno y los orines, que lodazal hicieron la presión de las patas y el desplazamiento de ruedas. Aún así, la siguió mirando con la carne muerta en las piernas. Sin duda, la luna no va más allá de lo que ella permite. Sin duda, a su paso el espacio es desahogado. Dejemos pues los gritos para cuando pueden ser alivio. Los piratas tuvieron que repartir varazos a las gentes, que tenían toda la atención prestada y no se movían rumbo de su cautiverio. Bella era la mujer. El cortejo llega hasta la casa que servía de refugio a Morgan —de lepra sea llenado su nombre por toda la eternidad— una de las pocas que no se quemó en el incendio. El pirata está complacido, deslumbramiento para sus ojos es la hermosura. Bella era la mujer, que el bucanero, ocultó el lobo que traía en él y dejó paso a galante caballero inglés. De torbo pirata, saltóle la meznada de su rostro —leproso sea por toda la eternidad— a la de victorioso militar; conmovido homenaje, juntanzas de virtudes, saltimbanqueándole la faz. Oculta en su alma los más horrendos pecados, más pesados que todas las piedras de la ciudad sacrificada junta. Le señala la mejor habitación para la dama, siguiendo a pie juntillas el bucanero —no tanto por la virtud de la regla, sino por querencias de interés—. Le pide perdón por la violencia de sus hombres y le promete que muy pronto le dará su libertad. El se presta como la garantía de su virtud. Es muy peligroso estar libre mientras anden rondando los hombres que con él vienen. Bella era la mujer y podría ser el mejor tesoro para jactarse en la corte de Inglaterra. Nada le falta a la dama. Varias esclavas le sirven, entre ellas, la suya. Come de las mismas viandas que llegan a la mesa de Morgan. Traba conversa con su moza y duda. —¿Por qué se le teme a estos hombres? ¿Quizá se les malquiera y se les calumnie, como venganza de vencidos? Bella era la mujer que su olor hacía subir a los ojos

rubores de color. Recuerda a sus familiares y una lágrima le hace recordar los tiempos que marcan las calendas. Un mensajero de Morgan solicita su venia para visitarla en sus habitaciones. —¿Por qué no? Le dice su esclava. Morgan es caballero discreto y amena su charla.

Morgan llega, vestido de caballero y guardada su fiereza —mal recordado sea su nombre y que el esputo de pus y purulencias derritan sus huesos lentamente— y desenreda las redes de su conversación. Empieza por su triste infancia, raptado en Inglaterra y llevado a Jamaica por malvados traficantes de blancos, que querían blanquear la población.

Su juventud, toda en lucha contra el mal. Es destino injusto el que lo llevó a las aventuras de los mares. Las piruetas que hubo de hacer para salir vivo de la encerrona de los españoles en el Golfo de México... La mujer presta la atención, estrangula los dedos. Le cuenta de las cortes inglesas y le invita a recorrerlas con él. Le habla de su futuro y de sus diferencias con los otros hombres de la meznada. Le habla sobre las maldades del Olonés, pirata inmundo que desacredita a los hombres de armas como él. Le habla de sus relaciones con la Reina de Inglaterra, del banco que instaló Drake con los dineros de España. Le explicó que el Papa Borgia, había sido injusto con los ingleses, pero no mencionó a los hombres que ha matado, a las mujeres que había violado o a los niños que había vendido como esclavos. Las obras de su vida no eran precisamente obras de convento.

Y cuando la tiene aprisionada en la red de sus relatos, surge apremiante la insinuación amorosa. Niégase ella, porque es mujer honesta y no tiene de costumbre juntarse de sexos con extraños. Trata él de convencerla, regando de virtudes y de primaveras sus palabras. La mujer argumentó en nombre de su dolor, que la dispense. Entonces, incomodóse el bucanero, que a ratos se le caía su piel de oveja. Peleándose sus almas y al borde del drama, Morgan insiste. Saca una alforja de piedras del jubón y con sensación voluptuosa le ofrece brazaletes, broches donde cabrillea la luz de los candelabros, collares de esmeraldas y otras piezas que él ha destinado a la Reina de Inglaterra. Nada quiere, ni acepta la bella dama, que ruega al almirante pirata, que la deje sola o le dé su libertad. No hizo falta mucha comezón para que Morgan, el maldecido, sol-

tara su ánima de bestia y fuese a cojer por la fuerza, lo que de buen grado se le negaba. Con toda su mala raza se le tiró encima. Su coraje fue en busca de hartazgos, su mala raza quería estar cerca del sol. Iba tan contento como cuando de chiquillo fue a mirar un derecho de pernada. Iba a cumplir con la intención de empujarla en la litera, pero la mujer se apartó de su trayecto. Los hombres en derredor han guardado silencio. Los que tiritan de frío ya no lo sienten; los temerosos ya no temen; los descoyuntados por el potro ya no le duelen las coyundas. Hay mucha agitación entre las sombras. Entonces, la mujer saca una daga y con fiereza que hace resaltar más su hermosura, se defiende. Morgan se quedó parado, ceniciento. Un rebaño de pulgas ha de haberle picado la barba, que ráscase nervioso.

—¡Detenéos! Le impreca la dama Si no os puedo matar, entonces sí sabré morir. ¡Me habéis quitado la libertad, y me podréis quitar la vida, pero el honor jamás! Y abalanzóse encima del pirata, que retrocedió hasta la pared. Bravía, como tigresa, se la arroja encima con la hoja afilada. Ya no tiene el pirata más pared para retroceder. La mujer busca el corazón con el filo. Toscos piratas miran por el cubículo de la ventana, apartadas las telas con el sable. Sudores bañan el rostro del capitán pirata, que espera que sus hombres no hayan visto las joyas, y espera el ataque de la fiera bella, más bella cuando más fiera. Morgan pone el brazo para detener la daga, la agarra. ¿Cuál cae primero y cuál después? No se sabe, pero logra asir por la muñeca a la mujer y la obliga a soltar el arma. La mujer sigue montada en su fiereza y con agitación de rostro y lágrimas espera el ataque. Morgan, sin decir palabra, sale de las habitaciones, donde la mujer volvió a desplegar su señorío.

Va muy pálido y herido. Comprende que pudo haber muerto y que su retiro a Inglaterra y su vocación de poder pudo terminar en las manos de una mujer. Minutos después, es llevada a una celda fétida donde no entra un rayo de luz y es alimentada con un mendrugo, suficiente para mantenerla viva. Trescientos ducados pide Morgan por su rescate. Si no, como es bella, será llevada a Jamaica como esclava.

¡Dios! Su esclava fue encomendada a buscar el oro a Taboga, como se había acordado. Pero fue acompañada de dos sacerdotes y uno sabe que son hombres y los hombres se atascan.

Por los caminos de Darién no vimos indios flecheros. Llegamos a paso de mula en dos semanas a un grande río, de como una legua de ancho y la inmensidad de largo. No se sabe de humanos que llegasen hasta el corazón de la selva y hayan regresado. Los indios dicen que sólo los hombres pumas conocen sus orígenes. Por el camino en las canaluras del río, encontramos unos indios cargando a otro mordido por una tarasca. Dicen que estaban esperando al jaibaná o al hombre tigre, que podía darle permiso a su ánima para que regresara al cuerpo o para que se fuera. No tuvimos tiempo de averiguar si eran famas del monte lo del jaibaná, pero el indio no moría ni vivía, a la espera del hombretigre. Pero esas son historias que en otra ocasión rememoraré antes de que mis huesos dejen de llamarse los huesos de Juan de Miramontes.

La mujer bella esperó veintidós días en la mazmorra donde no entraba el sol, en espera de que la piratería abandonase la ciudad o que los sacerdotes llegasen de Taboga con los trienta mil duros del rescate. Pero los sacerdotes son hombres y los hombres se atascan.

Muchos años después, en la lejanía de los hechos que narro, cuando uno hace los inventarios de la vida y ata las amarras al carro del tiempo, cuando la rapazuela rescatada de las villanías piráticas, cuenta estos hechos a sus nietos que echan una siesta sin atender; cuando nuestra vida batiendo y encajando cuñas mira para atrás, en las brumas del tiempo, viénenme a la memorias los hombres y los hechos como si uno mandara a despertar a los muertos. Mis pensamientos son confusos y si pudiera portar las excrecencias y recordar con orden, pero faltas me hacen trocar y traer, dar y llevar datos y nombres sin conciertos. Son mis pensamientos confusos, soseguémonos pues, que los recuerdos se me aparecen como el sueño, casi un polvo impalpable es el tiempo para tratos. Quiero rememorar ahora para la letra de estas páginas, aunque lo vivido en Panamá, es intraducible de palabras, pero bajo sus bromas salen de mi mente algunos hechos.

Muchos años después, supe, que la gracia del Señor es infinita y que muchos son sus caminos y sus decisiones para con los hombres. En 1692, Port Royal, ciudad madre de los piratas, congreso de abominaciones, la ciudad a donde fueron los restos de Panamá a celebrar algún desmedido libertinaje; donde vivió su vida prestada

el tal Ginebrosa, fue castigada por el Señor, mi Dios: tres maremotos perdieron la ciudad en la mar.

Una ola gigante arrancó las amarras de las naves fondeadas y las llevó hasta las cumbres de la ciudad misma. Diez mil habitantes sucumbieron en los escombros y a la peste que sobrevino a continuación. Alvaro Diego y Belem de Miramontes, concuerdan en que el Señor, mi Dios, mide a sus criaturas con una vara más larga y dura que con la que ellos midieron los días de los hombres, que con lengua y palmo hicieron la vida en Panamá.

Sin embargo, antes de todo, los curiales que fueron a Taboga eran hombres y los hombres se atascan. Y los que fueron con la esclava de la mujer bella, faltaron a los mandamientos, aunque fuese por una vez para no morir ignorantes.

Los curiales pusieron proa en dirección de la misericordia. En el camino, le echaron ojo a la carne de la moza porque en aquellos tiempos el hábito no hace al monje y hay gente capaz de todo, hasta de lo que se está por hacer. Deshonrada la carne con la mirada, se hicieron a la mar en dirección de Taboga. Como a dos días de bogar en la mar bravía para buscar los ducados del rescate, los hombres arriesgáronse a ser estatuas de sal. Tal vez la palabra sea impropia, pero el gusto de la mirada, tal vez venga de viajar con moza leve de ropas , sin menester ni beneficio por la mar, que no al recato de la sacristía; donde uno puede mirar por dentro sin miradas que hagan preguntas; sin mirar las olas encrespadas, olas que traen el suplicio de la felicidad.

—M'ija, estás muy cargada de culpas —dijo un fraile.

Pero la moza respondió, guardando sus partes: —No tengo pecados que confesar.

Los frailes, que no eran marineros, se hacían el propósito de no volverse a la mar. La moza contó sus propósitos de salir a tierra, pero la imagen de su ama, prisionera o esclava en Port Royal, ¡Dios! le hicieron guardar sus propósitos.

Frai Diego de Santa María, que así se hacía llamar el fraile, contó de su llegada a Panamá. En el camino de Cruces durmió

con el pie fuera y a la mañana halló que le había salido más de una escudilla de sangre por la picadura de un vampiro. El otro contó lo mismo, pero él, venido de Guatemala, muy dentro de tierra firme, fiado de su valor, fue a llevar a Dios a los Cakchikeles. Pero ellos no tenían oro a vistas, así que volvióse a una hacienda nombrada Boca del Monte merendón, donde le dieron diez picadas y le salieron otros tantos chorros de sangre. Miguel de Velasco nunca miró a las mozas, como miraba a ésta que las olas humedecieron la color y las ropas, puesto que miraba en lontananza y recordaba que venía de Mopán. Llegó cuando las conquistas de Baten. Era ayudante de cámara de Francisco Núñez de la Vega, que en sus escritos tenía aquella superior luz que puso Dios sobre el candelabro de su pluma. Pero luego de administrar muchos años el pueblo de Guatepeque y estudiar la lengua Zendal, sus hijos, hijos del señor, en estas lejanías, a los que había criado tantos años, le pagaron con quitarle la vida. Así, que él volvióse a la España, pero estuvo dos cuaresmas en Panamá, esperando mejores tiempos. De Guatemala sólo trajo una punta de flecha de un metal negro, que sólo sirve para sangrarse. Con varios días de navegar tuvieron que detener el bogado, puesto que unas canoas llenas de indios, pasaban en lontananza, veloces. Los frailes se guarnecieron en la barcaza. En la Guatemala debieron haber tomado miedo a las flechas. Por eso se aplanaron sobre la moza, como si así pudieran tener algún logro.

—Si la indiada quisiera desvalijarnos la vida, no hubieran ido en cortejo —dijo la moza.

Uno de los dos habló luego, de lo bueno que eran la habilla para curar la rabia. También se habló de la miel de las colmenas de abejas. Pero en la noche, fresca, solaz, cuando llega la hora de exhortaciones de la panza, la moza adentróse en las aguas de la mar para hacer necesidades y lavarse la piel de la calor. Entonces, se desató un enjambre de pleitos y disenciones en los curas, que trasuntaron en odio y temor a la mujer. Disputando cada cual sus razones, llegaron a la ínsula de Taboga, donde las gentes se habían ocultado al ver la chalupa en lejanía. Pero cuando vieron que era la moza de Inés de Montoya, volvióle el ánima a los corazones. Las gentes de España dieron los ducados sin cuento. Comieron carne seca, miel y una donosa, llamada piña.

Preguntaron por noticias de la ciudad, de la que ya el humo

se veía en alta mar. Llantos y gritos le quitaron a los recién llegados el aire que respiraban. Los aguadores llevaban agua por la plaza. La moza pidió unas bragas para no hacer mala figura y no espantar a los curas, que traen ahora más figura de gente pintada en las caras. Pero no quisieron volver prestos con la moza, que como queda dicho, volvió sola por un presentimiento. Los curas salieron de madrugada y con noche aún, sin más carga que trecientos ducados en oro y algunos más para ellos y para la piedad de las obras y alguna comida en la alforja, que menos peso hacen que las tetas de la moza y un fardo de ropa para cubrir y cambiar la mojada por el oleaje. La moza dijo que los curiales eran hombres y que los hombres en el camino se atascan. Descansada regresóse dos días después con la imagen de su ama en la testa.

—Pero he de volver a la ciudad de donde vengo escapando a tumbos, de quienes matarme quieren porque, también los bucaneros matar quieren a los ricos como a las pobres gentes, aunque a nos, por divertimento nos cogen y nos quitan la luz del sol.

Luego salió la moza para la ciudad, por otra ruta oblícua y más descansada, porque llevada de las olas con poco batir de remos, llegaba hasta las cercanías de la ciudad. Era la ruta de los indios, que no era recta, sino como de caída de flecha. Iba pensando.

En Panamá muchos frailes se revuelcan con las mozas e indias sin hacer aspavientos de monjas. Muchos han quedado con ella, con las manos trémulas, el rostro lívido, las piernas flojas por excesos amatorios, porque así eran las cosas en Panamá, donde las costumbres estaban relajadas. Hasta un obispo murió en un tiempo anterior de humores averiados, flatulencias y obstrucciones de tripa; con sufrimiento de las partes pudendas; en los testes llagas y en las encías y en las adyacencias superiores. Que fueron recetados por Alvaro Diego, amigo de murmullos, con jugo de cazuela y buenos aires de ajo.

—Haberse visto tanto pleitar destos curiales por nada, a menos que estén urdiendo una trama, esos quejosos, tan pungidores del cuerpo. Como es fama, la conversación de las mujeres y los sueños son los que tienen al mundo en su órbita. Los curiales iban en las alas del mezquino. Dicho y hecho. Toda esa conturbación de ánimo era parte del fortísimo andamiaje de una trama que sospechó la moza, porque el mundo resultó ser mas próximo a lo

que dice Alvaro Diego: --El sol estallando en luz mayor, el ámbar atrayendo al éter; el éter atrayendo al imán, el imán atrayendo al hierro, y así en el orden justo se colocan las cosas, si no se rompe el orden.

Porque treinta mil ducados en manos de menesterosos, aunque sean vestidos con efusiones de párroco, es cosa muy segura que atraerán a los curiales, porque el oro como es fama, atrae a los hombres y los monjes son hombres y los hombres se atascan.

Dicho y hecho. Los de tierra firme se fueron con los treinta mil ducados por las vegas incorrectas y a lo hecho, pecho. Pero todavía no están hechas las despedidas.

Urdida ya la felonía, los sacerdotes dan los treinta mil pesos para rescate de unos amigos suyos. Alegando que primero están los hombres de Dios, que las mujeres, que por muy fama de bellas, pueden hacer cuentas con los hombres de la mar.

Además, en Jamaica pueden encontrar nave para Inglaterra y desde allí, con rescate de por medio, para España. Además, las mujeres bellas pueden sobrevivir mejor que los obispos. La mano reverente no le tiene cuidados a estos impíos, pero Dios es grande y supo resarcir en belleza a la mujer para que trueque su libertad con los hombres del señor. A pesar de la insinuación muy resguardada en sus remordimientos, los treinta mil pesos sirven para liberar del potro a unos priores del convento, que no quisieron irse a la mar, porque las súplicas y rezos de Juan Pérez de Guzmán y las opiniones del señor obispo, predijeron la perdición de las piráticas huestes, entregados de bichejos. Los frailes llegaron al cobijo de los treinta mil pesos, sacados del bullicio de colchones, lejos de toda presunción y con convencimiento de buen final. Ha estado bien servido el señor obispo, provincial que fue electo de la tercera orden de San Francisco. Que ha de señalar veras y certificado de milagros desta acción.

Pero la esclava de la dama, ya le dice a su señora el fin de sus ducados de oro. Ella prefiere el sacrificio a su cautiverio. La esclava implora y le recuerda a sus padres que están en la turbamulta que parte para Portobello. Si van, no resisten el camino.

Si ella se abandona a la desesperación, ellos también morirán.

Serán carnales despojos antes de tres días. La esclava le recuerda sus segundas y terceras maravillas. Estando aún fresco el desacato, llegó Morgan a la mazmorra a inquirir por los ducados de la mujer bella, si no irá a Jamaica como esclava y ¡cómo es bella, Dios! La esclava soltóse en lágrimas y el pirata preguntó de mala manera el por qué de aquél barullo. La esclava díjole de la felonía de los curas.

¡Voto a Dios! —imprecó el pirata— ahora los dineros han de llevárselos algunos de la plebe pirática.

Fue él mismo con la esclava a apresar a los curiales, puesto que sabía que el camino sería un infierno. Cuando atraparon a los curas, abrióseles el piso a sus pasos. El pirata dijo con voz de alambre que si no les abrían los ojos a la verdad, les abriría la panza, los metería en el potro y les llevaría arrastrados hasta Portobello a paso de mulas. Que diéranle los pesos, que él no tenía interés de arrastrar a curas viejos y morroñosos, por muy obispos que fueran. Que sólo le interesaba los pocos pesos y que si eran los de la dama, la dama íbase y ellos quedábanse. Los curas en desahogos tales que nunca tuvieron con los indios de Guatemala, con suspiros y dando excusas propicias, confesaron con mortificación. Entonces Morgan, —maldito sea su nombre— fue donde otros piráticos que en caterva ocultaban los cientos de ducados de la mujer bella. No corriendo el viento, lo hacen a su vez los suspiros. Como palabra es palabra, la mujer bella y sus padres quedan libres. Y se van con la esclava a otras partes de la ciudad.

Prestas bajo la luz de un candil, ascienden hasta las bóvedas del cielo, el canto de los pájaros y el tufillo de olores muertos, que hacen que las gentes aligeren el paso, antes de que la peste haga estragos entre los vivos. Loca de vida, la mujer bella y sus padres buscan la orilla para un bogaje. El rostro de la mujer está lleno de los lugares del sueño, a los que hace tanto tiempo le falta. Mientras, los curas echando humo por los calcañales, son dejados a la deriva de la turba que empieza el camino de regreso a Portobello.

El número de viajeros no equilibra la desconfianza causada por una procesión de gemidos y de mulas que hacen cierta fraternidad de penas. Porque de las guerras siempre se sale lisiado el vivo, aunque señales en el cuerpo no muestre, por las heridas del ánima,

que suelen curar más lentamente. Lisiado está.

Mientras, nosotros huídos a la selva umbría, llenos de peligro, llenos de tinieblas el estómago, iniciamos el regreso a la ciudad quemada para buscar noticias en los escombros y para seguir desde lejos, la ruta de muertos que fue dejando el camino de Portobello. Allí supe que habría de esperar a Alvaro Diego en la botica.

Mucho tiempo después, quedaban pocas gentes en la ciudad, que ya nadie quiso habitar. Primero llegaron los vivos del monte, luego los heridos del camino, luego los hombres de la islas. Más tarde, los viajeros nuevos, que hicieron gran escándalo y noticia. Luego llegaron los diques de la resignación, luego llegó una pareja de fascinerosos, que removieron escombros. Pero a la soledad no es necesario pedirle mucho. Más, si Alvaro Diego ha de vivir, he de esperarle en la botica o el lugar donde estaba, puesto que fue pasto de llamas. Sólo alguien de corazón condenado y perdido pudo haber practicado tal crimen, dijeron las gentes con el tiempo. Pocos son los que han podido matar a una ciudad.

Las haciendas empezaron a ganar vida, las vacas a parir y las mulas a rebuznar. Los esclavos fuéronse al monte a arrear unos toros . El tiempo vino a descampado. Entonces una nao llegó al puerto y en ella vino Alvaro Diego. Así se empezaron enmendar los ecos. Hicimos velas rumbo al Perú, esperando que las memorias desta ciudad muerta cayesen en un lago profundo.

Sin embargo, muchos años después, oigo el rumor de sus olas como si cientos de gentes rezaran un rosario. A veces, en sueños, me llega la risa de las mulatas que vanse a la mar a secar sus culpas. El grito de una ave nocturna me trae las memorias del poblaje, que busca vida entre las islas y los puertos. ¡Qué sería de nos, si no pudiéramos soñar! Los recuerdos son el pan de cada día y como aquella cancioncilla de Lope de Vega, muchos sueños, cadenita de oro al cuello, vienen de Panamá.